

libros: «Los que enseñan a muchos la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades.» En la tierra tuvo que esperar por más de medio siglo. Sus manuscritos originales se perdieron y como dice el historiador citado, «sus cenizas abandonadas en la playa peruana, talvez no han sido humedecidas por otras lágrimas que las del mar al estrellarse en la rompiente.»

Pero la hora de la justicia siempre llega y el maestro de Bolívar es el primero que se sepulta en el Panteón para esperar allí a los tenientes de San Martín y de Bolívar, a los soldados de La Mar y de Sucre; a los centauros de Suárez y de Silva; a los fundadores de cinco naciones creadas por él, puesto que él modeló el alma de Bolívar.

DON FELIPE TEJERA

(CAPITULOS DE UN LIBRO)

(Continuación)

En 1906 dio el señor Tejera a la estampa con el título de *Camafeos* veinticuatro sonetos de asuntos diferentes. No todos son originales suyos: uno hay que es versión del italiano, otro del portugués (1); el inti-

(1) El intitulado *Divina* es, salvo los tercetos, en que Tejera modificó el pensamiento original, versión de este otro de Múcio Teixeira:

Tens as curvas das Venus florentinas
E a solemne altivez de uma princeza:
Fallas —e a gente escuta umas surdinhas...
Surges —e a gente sente uma surpresa!...
Esmerou-se em extremo a natureza
Quando moldou-te as fôrmas peregrinas;

tulado *Súplica* recuerda unos serventesios muy conocidos de Gutiérrez Nájera y aun termina con un verso del poeta mejicano:

Y del mundo en las recias tempestades
Que yo pueda volver a tí los ojos
Como Pedro en el mar de Tiberiades.

Además de éstos, hay entre los *Camafêos* sonetos ya religiosos, ya patrióticos, y aun satíricos (contra el modernismo). La colección, con ser tan breve, pone de

Não pôde haver no mundo igual beleza,
Sõ tens irmãs — nas regiões divinas!

É por isso que ás vezes tenho medo
Que, por seres tão boa, muito cedo
A morte encha minh' alma de saudade...

Ah! mas hei de esconder-me em teu jazigo,
Se um genio mau arrebatara contigo
Belleza, Amor, Virtude e Mocidade!

Tejera traduce:

Tienes formas de Venus florentina
Y de imperial alcurnia la altiveza,
Tu voz suena con ritmo que alucina,
Y es tu aspecto de olímpica grandeza.

Para hacerte labró naturaleza
La gracia más hermosa y peregrina,
Y al ver en tí tan singular belleza
Quebró su molde y te llamó divina.

Por eso temo yo que de la altura,
Y de tanta beldad enamorado,
Baje un ángel por tí con raudo vuelo;

¿Cómo luchar con él, yo sin ventura,
Yo que llevo la afrenta del pecado?
Si tú no eres de aquí, sino del cielo!

Otras versiones de poetas brasileños, hechas por Tejera, pueden verse al fin de este libro en el *Apéndice sobre la literatura del Brasil*.

manifiesto el espíritu que anima en todas las obras de Tejera; su veneración por los ideales religiosos del cristianismo y por los modelos de nuestra literatura; su férvido amor patrio que en él como en Caro es inseparable del amor a España, y de la glorificación de sus héroes; su respeto, en fin, por las más venerables tradiciones de casta y lengua; si bien Tejera tanto en verso como en prosa se deja llevar alguna vez «por el entusiasmo patrio hasta el punto de la exageración...» (1), como acontece no sólo en ciertos pasajes del *Progreso en la Historia*, del *Manual de historia de Venezuela* y de la biografía de Sanz, sino también en sus obras en metro. Mas en *La Boliviada*, verbigracia, es tanto más disimulable esa exageración cuanto que su asunto no podría ser cantado con igual entusiasmo por ningún poeta más español y menos americano. Ni hubiera escrito nunca el poeta granadino el soneto en que Tejera parangona la España monárquica y la republicana, que recuerda más bien las sonoras frases y redondeados períodos de Emilio Castelar...

Cuán otro se nos muestra el poeta si escribe:

Ufano, altivo, con deliquio santo,
Y porque a tí me liga, nunca ingrata,
La sangre que en mis venas se arrebató
Tu amor, oh España! y tu grandeza canto.

Cuánto heroico adalid, con brillo cuánto
No llevó, y con suerte siempre grata,
Del Anahuac al argentino Plata
La enseña de Pavía y de Lepanto!

¿Qué nación como tú llenó la historia,
Ni circundó los ámbitos del mundo
Con el sol sin ocaso de tu gloria?

(1) Don Juan J. Aguerrevere.—Carta aprobatoria del *Manual de Historia de Venezuela*. Hállase al frente del mismo.

¿Quién te pudo vencer? Dios es testigo:
 Tu propia estirpe fue de ardor fecundo;
 Tuyo era el mundo que luchó contigo!

Pero el más valioso homenaje de Tejera a su raza y a la cuna de sus mayores es *La Colombiada*, poema que canta el descubrimiento de América y la gloria del insigne genovés que dio cima a tan alta y tan difícil empresa.

Consta *La Colombiada* de una introducción y doce cantos: aquella en siete octavas: en veinte cada uno de éstos, por capricho del poeta. Nárrase en los siete primeros la salida de las tres carabelas del Puerto de Palos; la llegada a Canarias; el recibimiento que a los tripulantes hizo el jefe de las islas; la historia de Colón puesta en boca del héroe, desde su nacimiento hasta el famoso sitio de Granada, con sus más notables peripecias, y el viaje, por último, desde la acogida que dio a tal intento la inmortal reina doña Isabel de Castilla, hasta la salida de Canarias. Los amores de Martín Pinzón y Olinda, son después de aquellos a que da lugar la narración del asedio y toma de Granada, el mejor episodio del poema. Con tal ficción procura vindicar el poeta la memoria de aquel compañero del Gran Almirante.

Da comienzo la máquina en el octavo canto con la descripción del Infierno, en cuyo horno ardiente bullen los siete pecados mortales, apercibidos al mandato de Satanás, el cual discurre los medios que han de poner en práctica sus ángeles para evitar que el descubrimiento de Colón arranque a su potestad el Nuevo Mundo. Satanás inclina el eje de la tierra y ocasiona la desviación de la brújula y el pánico de la tripulación. Ante tan no previsto fenómeno, Colón, buscando el medio de explicarlo invoca el auxilio del cielo. El Verbo se

le aparece y le inspira. Así sale airoso el célebre marino. Pero Satanás no retrocede y hace surgir del mar la célebre Atlántida, cuya belleza cautiva a los navegantes y los convida al desembarco. Píntase en este episodio aquel *infernál edén*, donde incitando a los placeres, reina la Venus del infierno, incomparablemente hermosa. Los celos suscitan la división entre los tripulantes, que se han prendado de demonios en forma de mujeres bellísimas; mas la aparición de Amelia, primera mujer a quien Colón amó en su vida, le advierte del peligro y desvanece el encanto. Satanás entonces mueve al atrevido nauta la última guerra: en forma de espantosa sierpe surge del mar, con señales que presagian una horrible tormenta; los vientos se desatan; la oscuridad se tiende sobre el piélago; rómpese el timón de la *Niña*, y la *Pinta* está a punto de zozobrar. Colón invoca a la Madre de Dios, y ésta se aparece radiante de luz en un trono de estrellas. Los viajeros la saludan con el Ave, humilla la frente Leviatán, cálmense los vientos; serénase el mar; y cuando María señala a Colón el occidente, da la tripulación el grito de *tierra!* La Virgen alza desde el cielo

Con una mano al sol y la otra un mundo,
 y la visión desaparece a los destellos de la aurora. En el canto undécimo, descubierta ya la isla de *Guanahani*, aparece Amelia en el cielo y descubre al héroe el panorama del Nuevo Mundo. Colón ve también en su éxtasis el suceso del indio Guacaipuro y el triunfo de Pizarro; a Ojeda, a Balboa, a Magallanes; la vuelta de la armada a España; la deserción de Pinzón, la fidelidad de Olinda . . . Entonces despierta del éxtasis, y da fin el poema.

La Colombiada se publicó en 1878, precedida de un prólogo crítico de don Félix Soublete. A este pró-

logo remitimos a quien quiera ver un examen detenido del poema. Vamos sólo a extractar algunos pasajes.

Véase la descripción de Granada y del harem de Boabdil;

De magnificas eras rodeada,
Y de torres y muros guarnecida,
Alza su frente la gentil Granada
De ricas flores y laurel ceñida:
Al oriente se ve Sierra Nevada,
Y a sus plantas inmensa, florecida,
En pomposos jardines se despliega,
Cual nuevo edén la regalada Vega.

Allí es el cielo azul y sopla mansa
Fresca la brisa derramando aromas,
El sol en lechos de rubí descansa,
Cuaja el abril sus rubicundas pomas;
Su cólera el león rabioso amansa,
Dan arrullos de amor castas palomas,
Y en la noche se ve subir radiante,
La luna en su carroza de diamante.

La clara linfa del Genil la riega
Con lengua de esmeralda sonora,
Mientras al aire revolando juega
En dorada espiral la mariposa.
A los sueños de amor allí se entrega
La soberbia Odalisca voluptuosa,
Recordando el bullicio de la zambra,
Y los muelles damascos de la Alhambra.

Feliz Boabdil a su esplendor anmenta
La pompa de su corte musulmana,
Y en regio trono sin rival se ostenta
Recamada la veste de oro y grana:
Su radioso turbante el aire argenta
Despuntando sobre él pluma galana,
Mientras asciende allá de áurea redoma,
Quemada en pipa de ámbar, dulce aroma.

Gozoso va donde el harem divimo
De mullido tapiz el suelo alfombra,
O el arroyo, saltando cristalino,
Le da en el soto su agradable sombra.
Cien cautivas de rostro peregrino,
Que las huríes de su cielo nombra,
Hacen de aquella estancia perfumada,
Del sumo Alá la celestial morada.
Y ve a la orilla de cerúiea fuente
Su espléndida Sultana, desceñida,
Que cual cisne se arroja en la corriente
La negra cabellera desprendida;
Su blanco seno de marfil turgente,
Con mágica ilusión: al rey convida,
Y a libar con un beso le provoca,
Como rosa de amor su linda boca.

Se ve después sobre el sutil ramaje,
Banda alegre de rojos colorines,
Y sueltos vuelan por el gran bosque,
Como flores aladas los verdines:
De la sonante copa el oleaje,
El olor de los lirios y jazmines,
Enardecen el alma, como cuando,
Duda el hombre si acaso está soñando.

Con gracioso girar y acorde ruido
Cien cautivas la danza van tejiendo
Cuales otras regalan el oído
Al compás de su voz arpas tañendo.
Aquí, Zulema, de mirar dormido,
Allí, Zoraida, mórbida, riendo,
Y entre todas se ostenta por más linda,
La preferida de Boabdil, Zelinda.

Lámparas de oro con su luz encienden
De noche los espléndidos salones,
Aureas arañas de los cielos penden,
Resuenan timbres de arpegiados sonos:

Las leves ondas de perfume ascienden
De los ricos pebetes y jarrones,
Y allá una luna, en la oriental testera
Con la lumbre del iris reverbera.

No menos notable es la batalla de Abel-Manzor y Gonzalo de Córdoba. La narración empieza con una feliz imitación de Cervantes:

Puestas en alto, al cielo amenazando,
Con sus hórridas puntas las espadas,
Al chocarse chispean retumbando,
En los pomos de plata aseguradas.
Y de nuevo, con ímpetu cerrando,
Resplandecen en torno iluminadas,
Como rápidos rayos que relumbran,
Y las nubes con lampos de oro alumbran.

Cada cual al contrario a herir apunta,
Volviendo y revolviendo en la palestra,
Gonzalo al mauro colosal se junta
Que el golpe pára con la armada diestra;
Con dañada intención la aguda punta
Derecha al ojo amenazante muestra;
Con cien tajos el aire cortan, hienden,
Y sus rostros coléricos encienden.

Los caballos se embisten y tascando
La resonante brida espolvorean,
Se encabritan y saltan relinchando,
Y de la riña en el furor humean:
Por la herida nariz fuego arrojando,
Se muerden espumosos y pelean,
Cual si en un mismo sér enfurecido,
Hombre y bruto se hubieran confundido.

Ambas filas estáticas miraban
El furor de la riña sanguinosa,
Y a cada tajo que los héroes daban
Prorrumpían en grita portentosa;

Los ecos de los ámbitos tronaban
Asordando la esfera esplendorosa,
Y el polvo que en la lid al cielo sube,
Semeja en torno fulminante nube.

Mas ya de aquel reñir rudo y tremendo
Fatigados entrambos se sentían;
Ora tomando campo, ora volviendo,
O paraban el golpe, o rehuían:
Y siempre al frente al enemigo viendo,
Con silenciosa cólera rugían;
Ya con brío mayor de nuevo cierran,
Y a las huestes atónitas aterran.

Súbito el moro, con atroz bramido,
Agazápase y salta, y penetrante,
Hasta el pomo la espada ha sumergido
De Gonzalo en la brida jadeante;
Viéndose tal, el Capitán ardido,
Blandió en alto el acero centelleante,
Y en el cuello del moro de repente,
Todo lo hundió con estridor crujiente.

Cayó el bárbaro al suelo sin aliento,
Y del pecho arrojó tronante grito,
Que asorda el campo y que redobla el viento,
Trascendiendo con ímpetu inaudito:
Tal en el bosque el roble corpulento
Si lanza un rayo Dios de lo infinito,
Con fragoroso estruendo se derrumba,
Cruje la tierra y la extensión retumba.

En tanto el Capitán, muerta su *brida* (1),

(1) Censuró con razón don Félix Soublette esta sinécdoque por no ser la parte principal la que aquí se toma por el todo; mas no nos parece igualmente infeliz la siguiente, que también censura el crítico:

Los caballos se embisten, y tascando
La resonante *brida* espolvorean...

Aquí sin duda es más natural el tropo.

Holló con paso triunfador la arena,
 Y la reina a su encuentro sonreída
 Sale, y de elogios su victoria llena.
 Y fue su hazaña tal y tan subida,
 Tanto entre propios y contrarios suena,
 Que el mismo Boabdil, desde Granada,
 Le envió con alta admiración su espada.

Después de poner el lugar del Infierno en el centro de la tierra, dice el autor que Satanás:

Cual gigante murciélago se mece
 En la cuenca de la agria catacumba,
 Ya se hunde, o se pierde, o reaparece,
 Y su resuello cavernoso zumba;
 A su voz el averno se estremece
 Y la tartárea bacanal retumba,
 Y, cuando mueve a su prisión batalla,
 Algún volcán sobre la tierra estalla.

(Continuará)

PREJASPES

(CUENTO PERSA)

Pensamos los occidentales haber inventado la lealtad monárquica, y atribuimos el desarrollo de este singular sentimiento a las ideas cristianas, amalgamando los afectos que debe inspirarnos Dios, suma causa y bien sumo, con los que tienen por objeto a hombre nacido de mujer. Yo no sé si un sentimiento se califica o descalifica por ser antiguo, pero sé que la lealtad monárquica es tan vieja como los más viejos cultos, y en apoyo de esta opinión recordaré la aventura que le sucedió al adictísimo Prejaspes.